

843
19
PQ 2193
-B7
A 88

EL ARTÍCULO 47

PRIMERA PARTE

La joven de color.

I

El muchacho que hace años llenaba las funciones de conserje y guardián del Hotel del Almirantazgo en el Havre, acaba de levantarse, y abre la gran puerta del Este, que dá sobre el muelle de la Marina, cuando oyó llamaren el vestíbulo. Asombrado de que algún habitante del hotel hubiese madrugado tanto, apresuróse á acudir al llamamiento y se encontró ante una señora de unos cincuenta años, vestida de luto.

—¿La señora llama?—preguntó el muchacho.

—Sí, quisiera hablar al dueño de la casa.

—Ahora duerme todavía, señora.

—Lo mismo me dijeron anoche al llegar de París, y me precisa hacerle unas preguntas.

—Sin duda podré complacer á la señora, si gustáis.

—¿Por qué lado llegan los buques, os lo ruego?

—Por el lado del mar.

—Indudablemente,—dijo la dama sonriendo,—pero, ¿dónde está el mar?

—Si la señora quiere seguirme, se lo mostraré.

Atravesaron el vestíbulo, franquearon la puerta y halláronse sobre el muelle, cerca de los embarcaderos de los botes de Honfleur, Trouville y Caen.

—El mar está allí,—dijo el muchacho señalando á la derecha,—no se puede ver en este momento

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Boca de la señora X.
Las Fugitivas de Viena.
Reina de Hermosura.
La Sultana parisién.
La Fiebre de lo Desconocido.
La Venus Negra.
Los Misterios mundanos.
Las Bañistas de Trouville.
La Señora Vitel y la Señorita Leliebre.
La Cárcel de Clermont.
Flor de Crimen.
Elena y Matilde.
Dos Mujeres.
Locuras juveniles.
Los Estranguladores.
La Gran Florina.
El Drama de la calle de la Paz.
El Rey de los Griegos.
La Jorobada.
El artículo 47.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE SAN JOSE DE COTACAHUAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTORREY, MEXICO

porque la ocultan los mástiles de los buques y las chimeneas de los vapores; pero dando algunos pasos por el muelle...

—Muy bien, os lo agradezco. ¿Podríais decirme,—añadió la dama,—si el *Zurich* ha llegado al Havre?

—El *Zurich*, no le conozco, ¿es algún barco?

—Un buque de vela, americano; viene de Nueva-Orleans.

—No puedo enterar á la señora.

—Me lo temía, y por eso deseaba hablar con el dueño del hotel.

—Es que el señor sabe lo que yo.

—¿Quién podría darme estas noticias, os lo ruego?

—Cualquier marino. Sin ir más allá, ese anciano señor que fuma un cigarro allí, en frente del hotel de Indias. Es un Capitán de buque, retirado; sabe de memoria el nombre de todos los barcos que fondean en el puerto.

—Voy á hablarle. Muchas gracias.

La señora iba á dirigirse hacia la persona que acababan de designarle, cuando el mozo por curiosidad ó por querer cumplir con las severas instrucciones dadas por la Policía del Havre, le rogó entrase en el hotel para inscribir su nombre en los registros. Ella se apresuró á satisfacer aquel deseo, y el muchacho pudo leer por encima del hombro: *Señora viuda de Hamel, sin profesión, vive en París, calle de Verneuil, 32.*

Mientras que él cerraba el registro, la señora de Hamel había vuelto á salir del Hotel del Almirantazgo, y se reunía al Capitán de buque. Este, con esa política tan frecuente en los marineros, al ver dirigirse hacia él á una señora que parecía pertenecer á la alta sociedad, retiró su cigarro de la boca y se quitó el sombrero.

—Señor,—dijo la señora Hamel,—el criado de mi hotel me asegura que podréis darme algunas noticias que me serán muy preciosas en este momento, y cometo la indiscreción de venir á molestaros en vuestro paseo.

—Habéis hecho bien, señora, y deseo poderos ser útil. ¿De qué se trata?

—Quisiera saber si el *Zurich* ha llegado al Havre.

—Puedo aseguraros que no tan solo no ha entrado en el puerto, sino que ni siquiera lo han señalado. ¿Esperáis á alguien, señora?

—Sí, señor; á mi único hijo, á quien no he visto hace seis años.

La señora dijo estas palabras con voz tan conmovida, que el Capitán se sintió interesado. Había podido creer en un principio en una de esas curiosas que el tren desembarca todos los días en el Havre, y que fastidian á preguntas á los marineros que tienen la desgracia de tropezar con ellas. Pero aquella que le interrogaba era una madre inquieta sin duda por la suerte de su hijo; la situación era distinta, se convertía en interesante, y el Capitán tirando su cigarro, dió á comprender por aquel sacrificio, que estaba enteramente á la disposición de su interlocutora.

—La última carta de mi hijo,—repuso la señora Hamel,—es de fecha 10 de mayo. Me decía que se embarcaba al día siguiente. Esta carta la he recibido hace más de quince días, y estaba tan inquieta, que decidí venirme al Havre á esperar la llegada del *Zurich*.

—No tenéis ninguna razón para inquietaros, señora. La carta de que me habláis ha empleado una semana ó más, para ir de Nueva-Orleans á New-York, y doce días desde aquí á París, en un vapor. En cuanto al *Zurich*, que es barco de vela, le son precisos lo menos treinta días, para el viaje de Nueva-Orleans á Francia. Notad bien que digo lo menos; se han visto travesías de estas durar sesenta y aún setenta días.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Esperar todavía un mes!

—Eso no es lo probable; el *Zurich* es un excelente velero, que reinando buen tiempo hace sus diez y doce nudos por hora, como un *steamer*; salió el 11 de mayo...

—Puede llegar de un momento á otro, ¿no es verdad?—exclamó la señora Hamel.

—Sin duda; pero si ha encontrado vientos contrarios ó calmas, lo cual no es raro en esta estación...

—¡Oh! no, señor, no me digáis eso, prefiero más esperar. ¡Ah! ¡si supierais cuánto deseo abrazarlo!

Sus ojos estaban humedecidos, su voz temblaba. De pronto exclamó:

—Algún presentimiento me dice que ha de llegar pronto, hoy quizás. No estaría tan agitada, tan conmovida, si estuviera todavía lejos. ¡El corazón de una madre jamás se engaña! Desde que se separó de mí, ha corrido peligros muy á menudo; pues bien, yo estaba enterada sin que nadie me lo escribiese. Le he visto enfermo, herido, he sufrido á tres mil leguas de distancia, en el mismo momento en que él sufría... Ya lo véis, entre una madre y un hijo, existen lazos misteriosos. Hoy, por el contrario, siento mi corazón alegre, la vida me parece hermosa; es que él es feliz; ¡es que viene, que viene mi querido hijo!

El viejo marino escuchaba en silencio y la miraba con placer. Había olvidado algunos cabellos blancos y algunas arrugas que se extendían sobre el rostro de la que hablaba. No veía más que su graciosa sonrisa, sus ojos aún jóvenes y expresivos. Estaba bajo el encanto de aquel aspecto distinguido, honesto, de aquella voz simpática, llena de irresistibles ternuras. Ella notó el sentimiento que inspiraba, y haciendo bruscamente un cambio en sí misma, dijo:

—¡Ah! Perdonad, señor, que os fastidie de este modo.

—¿Cómo podéis decir esto, señora?—replicó vivamente,—tengo hijos que navegan en este momento por mares lejanos.

La señora no contestó, pero tendió su mano al marino. ¿No existía entre ellos un lazo de unión, una secreta afinidad? ¿No tenían los mismos temores, las mismas esperanzas?

II

La señora Hamel ya no temía ser indiscreta con el cicerone que la casualidad le proporcionaba. Se había ofrecido conducirla á la escollera, para mostrarle el camino que seguiría el *Zurich* al entrar en el puerto del Havre; ella aceptó, y después de haber seguido el muelle de la Marina y atravesado la plaza del Museo, se internaron por los incultos terrenos que ocupaban en aquella época el Hotel Frascati y que conducían á la escollera.

—¿De modo, Capitán,—decía la señora,—que os reís de mis presentimientos; no admitís que mi hijo pueda llegar hoy?

—Los marinos,—contestó,—somos siempre algo supersticiosos, y casi estoy tentado de dejarme vencer por vos. Pero acaban de dar las siete, la marea es á las diez y el *Zurich* todavía no ha sido señalado.

—¿Cómo lo sabéis?

—Su nombre estaría inscripto sobre el cuadro que hay en la torre de señales.

—Entonces no es preciso esperar,—dijo la dama suspirando.

—No me atrevo á asegurarlo... y sin embargo... si no me engaño hacen en este momento una señal del cabo la Héve. Hacedme la merced de esperar algunos segundos, señora; enseguida vuelvo.

El marino se alejó en dirección de la torre de señales, franqueó la verja que la ponía al abrigo de la curiosidad pública y desapareció un instante para reaparecer enseguida sobre la plataforma circular, que sirve de observatorio á los vigías. La señora Hamel le vió cambiar algunas palabras con el marino de guardia, que hacía rato que estaba en la plataforma; después de haber consultado el horizonte

con ayuda de un anteojo, descendió de nuevo la escalera, y fué á reunirse á la señora de Hamel.

—¿Qué hay?—preguntó esta.

—Nada positivo aún; pero sí probabilidades; ahora pongo algo en vuestro juego.

—¡Oh! Capitán, para hablarme así es preciso que tengáis mucha esperanza. Decídmelo todo; soy fuerte; no temáis darme una esperanza que no se realice... si nos engañamos, será mañana, ó pasado; esperaré.

—Sí, sí, lo comprendo, he pasado por ello, —dijo el viejo marino suspirando;— vais á poner os en la cabeza que es él, y si no lo es os desesperaréis.

—No, no... decídmelo... os lo ruego.

—Pues bien, una vela acaba de ser señalada allá abajo, por el lado de alta mar, es un buque muy grande de tres palos... americano.

—¿Se esperan en este momento en el Havre otros barcos americanos?—preguntó la señora.

—Se esperan el *Floride*, el *Wilfild-Scott* y el *United-States*; pero el primero de estos es de tres masteleros, y el que se percibe es de tres también, y lo menos de 1200 toneladas; el otro un bergantín, y el tercero un tan mal marchador, que en manera alguna puede llegar antes que el *Zurich*, aunque hubiese salido tres días antes.

—¿Entonces, Capitán?

—Entonces señora, calmáos... dentro de media hora, de un cuarto quizás...

—¡Calma! ¡Calma! ¡Ah! Señor, ¿qué decis? ¿Para estar segura de mi suerte voy á verme obligada á esperar que el nombre del *Zurich* sea inscrito sobre el cuadro que me habéis dicho?

—No, señora, vuelvo allá arriba á la plataforma donde me habéis visto antes, y desde donde sabré alguna cosa, y os lo diré.

—¡Ah! Capitán, cuánto os lo agradezco... ¿Si no os hubiera encontrado, qué hubiese sabido?

—Bueno, bueno,—dijo el marino alejándose,—las gracias para más tarde.

No habían transcurrido dos minutos todavía, cuando apareció de nuevo sobre la torre de señales. In-

quieta, ansiosa, seguía todos sus movimientos, sin dejar escapar el menor sentido de sus gestos. De pronto, después de haber fijado largo rato sobre un punto del horizonte su anteojo, se quitó el sombrero y lo agitó al aire. Ella había comprendido. Aquel gesto quería decir: ¡Victoria! ¡Vuestros presentimientos eran fundados! ¡Es el *Zurich*! ¡Es vuestro hijo! La señora palideció y sus piernas flaquearon, costándole gran trabajo llegar hasta un asiento cercano, donde se sentó; cuando un instante después el Capitán llegó á su lado, estaba llorando de alegría.

—Veis, veis,—dijo;—no se soportan los grandes dolores sin verter una lágrima; lo mismo ocurre con las alegrías inmensas.

—¿De modo que es el *Zurich*?—dijo sonriendo al Capitán á través de sus lágrimas.

—¡Oh! Esta vez no cabe engaño; reconocería el *Zurich* entre cincuenta barcos.

La señora le interrumpió con estas palabras:

—¿Pero y si él no viniese á bordo?

—¡Ah! ¡Eso sí que es bueno! Hace poco, solo nos ocupábamos del buque; ¿vendrá ó no vendrá?... Viene. Se debería estar en el colmo de la felicidad, no tener ningún temor. Pues no señor, se tiembla de nuevo; ¿vendrán los pasajeros completos? ¿No habrá ocurrido novedad durante la travesía?... ¿Qué natural es esto!... ¿Cómo me reconozco cuando es pero á algún hijo mío!

Ella no escuchaba; se había acercado al extremo de la escollera, por el lado del faro, y trataba de penetrar el horizonte.

—¿No veis nada?—preguntó sonriendo el Capitán después de haber mirado.

—Nada.

—Sin embargo, es muy visible ahora. Está allá abajo. No, no es por allí, miráis en dirección á la ría de Caen. Seguid la dirección de mi dedo... veréis en un instante mejor; la niebla se disipa con la marea que sube; el viento sopla favorablemente. Ese diablo de *Zurich* con todas sus velas extendidas, es capaz de entrar hoy en el puerto.

—¿Cómo!— exclamó temblorosamente.— ¿Es que dudáis acerca de esto?

—¡Caramba! Si falta la marea, no tiene más de dos horas por delante.

—¿Entonces, qué sucedería?

—¡Que se vería obligado á echar anclas en la rada, ó *correr bordas* hasta la marea de mañana.

—¡Ah! ¡Dios mío!

—Tranquilizáos; todo os sonríe: la brisa refresca todavía y se apercibe allá abajo un diablo de remolcador dispuesto á ir á buscar nuestro *Zurich* si el viento no le favorece. ¿Qué vais á hacer durante estas dos horas?

—¡Me lo preguntáis! No dejo la escollera... ¿Qué haríais si uno de vuestros hijos se encontrase á bordo de ese buque?

—E-peararía.

—Pues ya veis. Pero es ya abusar demasiado de vuestra amabilidad, Capitán, recobrad vuestra libertad y creed que os estoy profundamente agradecida por cuanto habéis hecho por mí.

—Os dejo señora, pero no os digo adiós. Volveré á vuestro lado en el momento en que el *Zurich* fondee en el puerto, para ponerme á vuestra disposición por si deseáis ir á bordo.

—¡Oh! ¡Sí! Mi hijo ignora mi presencia en el Havre, y quiero sorprenderle.

El viejo marino se alejó en la dirección de la calle de París, y la señora Hamel se quedó en la escollera con la mirada fija en el buque, cuyo aparejo empezaba á destacarse limpia y elegantemente.

III

Como había previsto el Capitán, el *Zurich* á las diez de la mañana hizo su entrada en el puerto del Havre.

Nada más majestuoso, ni más conmovedor á la vez, que la llegada de un buque que termina un largo viaje. Los peligros que ha corrido, los temporales que ha pasado, están escritos á grandes rasgos en sus velas, frecuentemente desgarradas, en sus jarcias medio rotas, en sus gavias desvencijadas y en sus mástiles rotos algunas veces; todo esto son señales vagas, pero que no mienten.

La escollera, á la hora de la marea, es el paseo favorito de los habitantes del Havre. Desde que se sabe en la ciudad que un vapor de la compañía Transatlántica, ó algún gran buque de vela, ha sido señalado, cada cual se dirige hacia el camino del antepuerto. La escollera no tarda en verse más animada que las más populares calles de París.

El Capitán que dos horas antes había dejado á la señora Hamel sola, le costó trabajo el encontrarla cuando fue á reunirse á ella, según la había prometido.

—¡Y bien, señora!—dijo abordándola bruscamente,—ya sois feliz; antes de dos minutos, vuestro hijo pasará por delante de vos.

—¿Pero bastante cerca de mí para que pueda percibirlo?—preguntó.

—Ya lo creo. Le veréis nada más que un instante como yo os veo.

—¡Dios mío!—exclamó la señora suspirando,—¿le reconoceré en medio de todas las personas que vengán en la toldilla? Tenía apenas veinte años cuando me dejó, hoy ya tiene más de veinticinco.

—¡Mirad! ¡Mirad!—dijo el Capitán,—el *Zurich* ha pasado la rada, viene derecho hacia nosotros.

No tenía necesidad de aquella advertencia; miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

En la parte de proa del buque, algunos marineros obedecían las órdenes que les transmitía el Oficial, largaban el foque menor, otros se ocupan en cargar el mastelero mayor. Cerca del palo de mesana, un grupo de pasajeros del entre-puerto saludaban con la mano y los pañuelos, á los amigos que creían reconocer en tierra. Sobre el puente se percibían al Capitán, el Piloto, el segundo, el ma-

rino encargado de la barra, una mujer con sombrero, dispuesta á saltar de abordó, dos pasajeros de unos cincuenta años y un joven de unos veinticinco próximamente, apoyado contra los obenques de mesana, y fumando un cigarro.

Hacia un instante que la señora de Hamel, sin fuerzas para sostenerse, había tomado el brazo de su compañero; de pronto, cuando la popa del *Zurich* se halló frente á ella, lanzó un grito.

—¿Le habéis conocido?—preguntó el Capitán.

—Sí, sí... hélo ahí.

Y señalaba al joven apoyado contra los obenques, y no dándose cuenta del sitio en que se hallaba, le hacía señas con su pañuelo y le enviaba besos con la punta de los dedos á través del espacio, sonreía, lloraba, estaba loca de felicidad. El, que creía á su madre en París, no podía imaginarse que fuese dirigida á su persona toda aquella pantomima; además, le hubiera costado trabajo percibirla. Los paseantes de la escollera pueden percibir á un viajero aislado en un buque que pasa, pero desde el barco no se percibe sobre el muelle más que una masa confusa; cuando se responde á un saludo, es á la casualidad.

El *Zurich* había entrado en el puerto y suavemente se adelantaba hacia la dársena de la Aduana. Los paseantes despejaron pronto la escollera invadiendo y alejándose por la calle de París; en cuanto á la señora Hamel, no se movió de su sitio. El Capitán creyó que ella hubiera corrido enseguida al embarcadero, pero no, estaba allí, con la vista fija, como si el *Zurich* no se hubiese movido, viendo todavía en él, apoyado contra los obenques á un hombre, uno solo, su hijo.

—Señora, ¿venís á bordo?—dijo el Capitán.

Estas palabras produjeron un efecto mágico.

—¡A bordo! Sí, sí,—exclamó la dama,—sí, quiero; le veré de más cerca, le abrazaré, le estrecharé contra mi corazón.

Ogióse del brazo del Capitán y lo arrastró en la dirección que había tomado el *Zurich*. Cuando llegaron, acababa de detenerse en el sitio que le había

sido provisionalmente señalado. Dos grandes buques les separaban todavía del muelle sobre los cuales se había dispuesto unas tablas que los ponían en comunicación con tierra. Ya una multitud de personas se habían precipitado al abordaje del recién llegado; amigos y parientes del Capitán, comisionados del armador, gentes de la policía, empleados del cuerpo de Aduanas, mozos de los hoteles y comisionistas de todas clases que iban á ponerse á disposición de los pasajeros. Sobre el muelle diez cocheros hacían crujir sus fustas, veinte carretones de mano esperaban órdenes, doscientos curiosos miraban. Los gritos ensordecían, aquello era una baraunda y un desorden inexplicables.

El Capitán, que llevaba del brazo á la dama enlutada, iba á decidirse á atravesar por entre la multitud, cuando le pareció reconocer en una barca que se alejaba del *Zurich*, al joven que la señora Hamel había designado por hijo suyo. En su afán, muy legítimo, de saltar pronto de abordó, había aprovechado una de las numerosas barcas que costeaban al buque desde su entrada en el puerto.

—¿Vuestro hijo, es casado?—preguntó el Capitán á su compañera.

—No,—contestó.

—¡Ah! Yo creía... ¿No es él quien viene hacia acá, allí, en aquella lancha? Mirad, á su lado va sentada una señora.

Ella se apresuró á mirar y exclamó:

—¡Sí, sí, él es, él es!

El Capitán se vió obligado á contenerla para que no cometiese alguna imprudencia.

—Acompaña, sin duda,—continuó el anciano,—á alguna pasajera, que también desea saltar pronto á tierra.

La señora de Hamel no le oía, se había lanzado á las escalerillas del embarcadero en que la lancha acababa de atracar.

—¡Jorge! ¡Jorge!... —exclamó la señora,—¡soy yo! ¡Por aquí, ¡ven! ¡ven!

El joven levantó la cabeza y reconoció á su madre. Entonces saltó á tierra, subió las escalerillas

con inusitada velocidad, y cayendo entre los brazos de su querida madre que lloraba de alegría, la estrechó contra su corazón y cubrióla de besos. A algunos pasos, el anciano Capitán retirado, les miraba, dejando rodar una lágrima por sus mejillas.

—Cuando mis hijos desembarquen, — murmuraba, —seré tan melón como estos; ¡vamos! ¡Y ahora lloro! Vamos á almorzar ahora; ya no tiene necesidad de mí, y cometería una indiscreción, poniéndome en su camino para que me diese las gracias; además, ¿pensará en parecido momento en dar gracias ni nada?

Y como el buen anciano se encontrase aún enterrecido, encendió un cigarro, supremo consuelo de sus aflicciones.

La señora Hamel y Jorge no estuvieron mucho uno en brazos de otro; comprendieron que el lugar no era á propósito para las expansiones del alma, y que mejor se mirarían y abrazarían en una habitación del hotel.

—Ven, ven, — dijo á Jorge, tratando de llevarse lo, —estoy en el hotel de ahí enfrente, en el Hotel del Almirantazgo, no tenemos más que atravesar el muelle para llegar á él.

Iba á seguirla, pero de pronto un pensamiento le contuvo. Al hallarse en brazos de su madre, se había olvidado de todo, pero á pesar de los lazos de ternura, el recuerdo se abrió paso en su espíritu.

—Adelántate, —la dijo, — me reuniré á tí dentro de un minuto; me veo obligado á despedirme de mis compañeros de viaje.

La madre obedeció sin ocurrírsele que la despedida debía haberse cambiado á bordo, y que la barca no contenía más compañeros de viaje que una mujer.

Pasó lo que había previsto el Capitán; á la dama tampoco le ocurrió buscarlo entre la multitud para agradecerle sus servicios. Iba ligera y alegre, no pensando más que en su hijo y diciéndose:

—¡Cuánto ha crecido! ¡Qué guapo es! ¡No nos separaremos más, nos querremos por los cinco años que hemos estado sin vernos!

En cuanto á Jorge, por el contrario, parecía algo inquieto, y se puso á mirar entre la multitud. ¿Qué había sido de la persona con la cual algunos minutos antes había dejado el *Zurich*? La percibió de pronto entre los mozos del hotel que se apresuraban á hacerla ofrecimientos.

—¡Perdón! — le dijo, corriendo hacia ella, — ¡era mi madre!

—Debíais habérmelo prevenido al menos, — contestó— ¡Si creéis que estoy á gusto en medio de estas gentes, en este país que no conozco!...

Dijo estas palabras con cierta sequedad; pero un acento criollo muy pronunciado dulcificaba la dureza de su voz.

—Mi querida amiga, — repuso Jorge, — para prevenirte hubiera sido preciso saber que mi madre me esperaba en el Havre. Al verla, no he pensado más que en correr á abrazarla. Me comprendes y me perdonas, estoy seguro.

—Lo que comprendo, sobre todo en este momento, — dijo, — es la necesidad de entrar en un hotel y de no quedarse en medio de esta plaza.

—Es muy justo. Ahí está el Hotel de Indias, de muy buena apariencia y donde estarás muy bien.

—¡Cómo! ¿Estaré muy bien? ¿Es que no pensáis vivir conmigo?

—Me reuniré contigo enseguida, pero en este momento debo consagrarme á mi madre.

Esta frase no inspiró á la compañera de Jorge más que esta respuesta:

—Ya me aburro en vuestro país, por haber hecho la tontería de seguiros.

—Creía, — dijo algo picado, — que teníais grandes deseos de ver Francia.

—Me la figuraba de otro modo; Nueva-Orleans es más alegre que el Havre.

—No nos quedaremos en el Havre; iremos en seguida á París.

—París, París... todavía una desilusión quizás.

Hablando de este modo habían ganado el Hotel de Indias, que se encuentra á dos pasos del Hotel del Almirantazgo. En el momento de franquear sus

umbrales, se les reunió un marinero del *Zurich*; el Capitán del buque lo enviaba para decirles que su equipaje había sido trasladado á la Aduana y que podían ir á recogerlo.

—Serás tan amable, mi querida Cora, que te encargues de este cuidado,—dijo Jorge.—Toma el talón; encontrarás fácilmente nuestros equipajes, ya tienes las llaves.

—Es bien divertido, todo eso... en fin, bueno.

—Hasta ahora...—dijo Jorge, alejándose hacia el Hotel del Almirantazgo.

—Hasta cuando queráis,—dijo ella.

Estas últimas palabras, y sobre todo el tono en que fueron pronunciadas, hicieron estremecer á Jorge. Estaba quizás en el derecho de contar con más amabilidad y ternura por parte de su compañera de viaje. Estuvo tentado de volver sobre sus pasos, para vencer aquella frialdad, explicar su conducta, tan natural sin embargo, y hacerse perdonar, pero su amor filial le llevó en aquel instante sobre otro sentimiento que pudiera ser algo más vivo. Franqueó rápidamente la distancia que le separaba del Hotel del Almirantazgo, se hizo indicar el departamento de su madre y corrió á reunirse á ella.

IV

La á quien había llamado Cora, se dirigió durante este tiempo á las oficinas de la Aduana. Esperando estaba, cuando un joven de unos veinte ó veintitrés años, vestido de manera irreprochable, con su correspondiente roseta en el ojal de la solapa, y un ligero bastón entre las manos, la abordó sombrero en mano, diciéndola:

—Me parecéis extranjera, señora; yo habito en el Havre desde mi infancia y le conozco perfectamen-

te. ¿Queréis permitirme que me ponga á vuestra disposición? La Aduana está generalmente llena, y puedo evitaros algunas molestias.

—¡Pero señor!...—dijo la joven levantando los ojos hacia el que la hablaba, que le era desconocido.

—Podéis aceptar mi ofrecimiento, señora,—repuso el joven con tono que trataba de ser formal, pero bajo el cual se veía cierta ironía,—que es muy respetuoso y desinteresado. Permitidme, además, que me presente, me llamo Victor Mazilier y soy hijo único del naviero más rico del Havre.

Como Cora le mirase más atentamente, el gomoso continuó agitando su bastón con desenvoltura parisiense:

—Pasaba hace rato por el muelle de la Marina, para ir á bordo de uno de los numerosos buques de mi padre, cuando mi atención se fijó en la llegada del *Zurich*. Los pasajeros, según su costumbre, parecían dispuestos á desembarcar lo antes posible; he querido asistir á este espectáculo. Es preciso advertir, señora, que aquí en el Havre, los jóvenes nos aburrirnos de un modo horrible. Es una ciudad insoportable en la que no se habla más que de azúcar, algodón y café. Yo soy parisiense en el alma y no me gusta más que el Boulevard de los Italianos, el café Inglés, la *Maison Dorée*. ¿Habéis oído hablar de la *Maison Dorée*?

—Algunas veces,—dijo Cora tímidamente y bajando los ojos.

—Me lo figuraba; en Nueva-Orleans se debe hablar á menudo de la *Maison Dorée*.

—¡Cómo! ¿Sabéis de dónde vengo?

—¿De dónde podéis venir? Sois criolla de la Luisiana. Está escrito sobre vuestro rostro. ¿Es que alguna otra parte de América produce mujeres tan bonitas?

Este cumplido tan banal y tan brutalmente lanzado, debía producir una viva impresión sobre Cora, pero por otro motivo que por la alusión hecha á su belleza. Poco le importaba aquella galantería: aquella belleza, no era incontestablemente reconocida por cuantos la veían? Todo en ella era admirable:

el pelo, del color del azabache, con ligero tinte azulado; largas pestañas dejaban entrever unos ojos rasgados, vivos y tiernos, ardientes, de esos que hablan y expresan todas las pasiones, desde las más honradas á las más malas, que dicen: *te adoro, y te odio*; una nariz incorrecta, según las reglas del arte, pero de lo más encantador, de ventanas dilatadas y temblorosas; fino vello negro sobre sus labios, rojos como la amapola y que mostraban la más bonita dentadura que jamás se ha visto, daban á aquel rostro un encanto y una gracia que le hacían irresistible. Una palidez mate, propia de las hijas nacidas bajo los calurosos rayos de las zonas tropicales, completaba su belleza. Hacía tiempo que conocía sus perfecciones; sabía también que era más bien formada que hermosa; sus anchas espaldas, su turgente seno, sus caderas, muy pronunciadas, hacían resaltar admirablemente lo esbelto y flexible de su talle. En fin, del país en que había nacido, tenía los pies y manos de niña.

Pero si los cumplidos que se dirigían á su belleza no habían hecho mella en su sensibilidad, había sido agradablemente encantada por las palabras de Víctor Mazilier: *Sois criolla de la Luisiana*.

Esto pide una explicación.

En Francia no se suele conocer, en general, el verdadero sentido de la palabra criollo; se aplica indiferentemente á todo habitante, sea de nuestras colonias de las Antillas, sea de Borbón, Luisiana, Guyana, ó de otros ciertos puntos de la América del Sur. Solo se conocen dos grandes denominaciones: los negros y los criollos. El que no es negro, necesariamente debe ser criollo, y esto es un error; para tener derecho al título de criollo en las colonias, es preciso ser hijo de padres blancos y no tener mezcla de sangre en las venas. Cualquiera que sea la blancura de vuestro rostro, si vuestro tata-abuelo era solamente mulato, si, remontando hasta vuestra décima generación se puede descubrir algún cuarterón, no se os llamará criollo, sino sencillamente, hombre, ó mujer de color.

Cora, cuya resplandeciente belleza acabamos de

describir, cuyos suaves cabellos y tinte encantador hubiese excitado la envidia de las más aristocráticas parisienses, Cora, no era criolla, era una *joven de color*. Remontándonos en su árbol genealógico, si es que lo tenía, perdido entre las ramas, se hubiese encontrado seguramente algún rostro negro con crespos cabellos. Ella lo sabía, lo tenía siempre á la vista; desde su nacimiento se le había hecho sentir cruelmente, y debía llegar al colmo de la dicha al verse á su llegada á Francia, saludada con el tan deseado título de criolla. Esta galantería fue tanto mejor acogida, cuanto que Víctor había creído decir verdad; en su cualidad de natural del Havre, tenía algo de cosmopolita; había tenido constantes relaciones con colonos de todas especies y naturalezas; por ciertos signos, imperceptibles para muchos otros, sabía conocer perfectamente las razas, pero no se le ocurrió, al ver á Cora, el dudar de la pureza de su origen. Moralmente, por el contrario, no había cometido ningún error; había adivinado con ese acierto de todos los jóvenes que han vivido mucho tiempo en París, que la recién desembarcada no podía pertenecer á la buena sociedad; ¿no sabía que la joven América, como la vieja Europa, tiene á sus mujeres clasificadas, y que el Nuevo Mundo, se permite, hace tiempo, el lujo de tener su *mundo galante*?

—*¡La muestra que nos envía,—se dijo,—es deliciosa! ¡Si yo me la apropiase! ¡Y por qué no? ¡Qué éxito obtendría en el teatro con esta deliciosa criatura! ¡Todo el Havre se revolucionaría! Se me haría una ovación en el círculo y los periódicos de París quizás hablasen de mí! ¡Hermoso sueño! ¡Pero su compañero de viaje?... ¡Bah! Ninguna pasión resiste cuarenta días mano á mano en el mar. El momento es favorable, puesto que tengo economías; en vez de ir á gastármelas á París, me las gastaré aquí. Así durarán más tiempo.*

Estas sabias ideas habían pasado por su mente, cuando abordó á Cora, quien después de algunas negativas, aceptó sus servicios en la Aduana. No se trataba entonces más que de ser útil y agradable, para tener el placer de triunfar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

V

¿Cómo Jorge Hamel había venido á Francia con una joven de color? ¿De qué época databan aquellas relaciones y cómo habían empezado?

Tales son las preguntas que importa resolver.

El padre de Jorge, después de haber disipado en la Bolsa, en diferentes círculos y en las carreras, el dote de su mujer y un capital bastante considerable, que tenía de su familia, tomó un día la resolución de en lugar de vejetar por el teatro de sus antiguas correrías, irse á los Estados- Unidos á restablecer su fortuna. La América no estaba entonces, desde el punto de vista industrial y comercial, tan explotada como hoy. No era raro que un hombre activo, y medianamente entendido en los negocios, se crease en algunos años una mediana posición. Los europeos gozaban de cierto prestigio entre aquel pueblo más inteligente, sí, pero menos experimentado en ciertas cosas. El señor Hamel aportaba al otro lado del Océano todo el ardor de un hombre, ansioso de llegar, deseoso de volver lo antes posible á su país, al lado de su mujer é hijo, de quienes se había visto obligado á separarse; corría hacia la fortuna con piernas ejercitadas ya, y con la experiencia de la derrota.

Transcurrieron algunos años durante los cuales el señor Hamel se había creado un sin número de relaciones y amigos; un día de elección fué nombrado *alderman* de Nueva-Orleans; estaba ligado á aquella ciudad por todas partes; algunas malas lenguas, pretendían que en un rincón de *Canal street*, en el límite del barrio francés y el americano, reposaba

por la noche, de las fatigas del día, en la casa de una encantadora irlandesa. En fin, el reconocimiento le hacía un deber de no abandonar un país donde todo le sonreía, para volver á Francia, donde había disipado toda su fortuna. Se decía algunas veces que había dejado al otro lado del Océano, una mujer joven todavía y un hijo; ¿pero en su propio interés no era preferible que continuase aumentando una fortuna que debía darles algún día? Hubiera podido escribir que se le reunieran, pero es muy penosa la travesía de Francia á América, el clima de Nueva-Orleans es algunas veces funesto á los europeos; su hijo estaba formando su educación en París; ¿no valía más que la terminase y que su madre permaneciera á su lado para guiarlo con sus consejos? Todas estas razones, que quizás fortificasen las miradas y sonrisas de la bella irlandesa, le decidieron á eternizarse en su destierro, y no hacer participar de él á su familia. Sin embargo, un día su plan de conducta se encontró modificado por el siguiente párrafo contenido en una carta de la señora Hamel:

“Vuestro hijo,—escribía,—es un joven encantador; alto, desarrollado, de vigor poco común, gracias á los ejercicios de esgrima que le recomendáis con tanta razón en vuestras cartas. Moralmente, vais á alegraros: es inteligente, bueno, afectuoso, y os quiere más de lo que os merecéis; ¡ingrato! Pero ay! Hay un pero después de todas estas cosas; tengo miedo que esta existencia parisiense que no puedo impedir que conozca, y en la cual me parece se va á engolfar con todo el ardor de sus veinte años, y la exuberancia de su naturaleza demasiado apasionada. Si el corazón es excelente, la cabeza es un poco ligera, un poco viva, un poco loca, habiéndole expuesto ya á algunos peligros que me han causado serias inquietudes. El otro día tuvo un duelo á consecuencia de una discusión política en un café del barrio Latino. Tranquilizáos, hirió á su adversario, pero el herido, podía haber sido él, ó quizás muerto. ¡Ah! Mi mano tiembla ante este pensamiento. ¡Este duelo ha hecho algún ruido; pensad, un desafío á espada entres dos jóvenes, aún dos chiquillos! De

modo que la justicia ha creído deber perseguir á nuestro pobre Jorge, y fué amonestado por el presidente. Es verdad que había herido al hijo de un Diputado, Diputado del Gobierno; el joven había sostenido que todo marchaba del mejor modo que posible era desear, y vuestro hijo que no era de este parecer, no sé por qué, replicó. De ahí una estocada y sus consecuencias. ¡Esto era todo! pero este duelo ha puesto, al parecer, á Jorge en evidencia en el barrio Latino. Hay allí multitud de jóvenes estudiantes de Derecho y Medicina, que se reúnen todas las tardes para hablar de ciencia, arte, economía social y política, lo que vale ciertamente más, á mi modo de ver, que hablar de caballos, carruajes y actrices, como los otros jóvenes. Pero no se limitan siempre á hablar, se disputan y organizan manifestaciones, es decir, según la graciosa definición de Jorge, una manera activa de dar parte al Gobierno, de su opinión y extenderla. El otro día se trataba de ir al teatro del Odeon á silbar la pieza de un autor demasiado amigo del poder, y como en el barrio Latino no se hace nada sin contar con Jorge Hamel, nuestro hijo, naturalmente, era de la fiesta. La representación ha sido de las más borrascosas: se ha silbado, pero silbado de tal modo, que la Policía ha tenido que intervenir; han seguido arrestos; y Jorge se ha visto coger por el cuello por un Agente, desasiéndose aplicando un puñetazo y un puntapié á su agresor. Pero como la fuerza estaba del lado contrario, ha sido conducido á la prevención. ¡Calculad qué noche he pasado! A las nueve de la mañana no había vuelto aún y yo estaba desesperada. He sufrido las penas mayores del mundo y ha sido preciso hacer intervenir á nuestro antiguo camarada, el señor Vernet, que es sustituto del Procurador imperial. Gracias á su influencia, Jorge no ha sufrido un arresto correccional, pero está anotado en la Prefectura, anotado como mala cabeza; se ha llegado hasta el caso de decirme que es un joven peligroso; peligroso él, tan bueno, tan generoso, tan encantador!

„Todo esto me inquieta, amigo mío; mi vida se desliza entre continuos pesares y sobresaltos. Si

Jorge tarda un cuarto de hora en venir á almorzar, ya creo que se bate en duelo; si á las diez de la noche no ha vuelto, mi imaginación se remonta, mi pobre cabeza trabaja, le veo detenido y complicado en algún grave asunto. No duermo sino cuando me rodea con sus brazos y me dice con voz tierna: *Adiós, madre querida, duerme tranquilamente, y llámame si te ocurre algo; ya sabes que soy tu guardián, y que nadie tiene el derecho que yo para cuidarte. Vamos, acuéstate y hasta mañana. Me propongo hacerme el perezoso cuando vayas á despertarme.*

„Os ruego, amigo mío, que le llaméis á vuestro lado; iniciadlo en esa vida americana que decís es tan bella, tratad de calmar su sangre y de enfriar su cabeza; haced de él un hombre, puesto que todavía es un niño.

„¡Ah! lloro, al escribiros esto, ¡separarme de mi Jorge que es toda mi alegría, toda mi vida! No pasearme más de su brazo, no oírlo en su habitación cerca de mí, no besarlo al acostarse y al levantarse! ¿Qué haré? No sé nada. Pero su felicidad es antes que todo. Este viaje es necesario y no debo vacilar.

„En este momento no puedo acompañarlo. Todas las emociones que he experimentado me han dejado muy débil; no podría soportar una larga travesía.

„Espero contestación amigo mío; estad seguro que no me faltará el valor en el momento de la separación.

El señor Hamel después de haber leído esta carta, tomó la pluma y contestó sin vacilar:

„Soy de vuestro parecer, mi querida amiga. La vida de París ofrece en este momento algún peligro para Jorge; enviádmelo enseguida. Siento que el estado de vuestra salud no os permita seguirlo, pero espero que vendréis pronto.

VI

Al salir del colegio, donde estudiaba Derecho, Jorge, se había sentido arrastrado hacia la política. Aquella exuberancia de juventud que espantaba tanto á su madre la había empleado en discusiones interminables que algunas veces habían degenerado en querellas, riñas y en manifestaciones quizás demasiado exteriores. Pero este gusto por las cosas serias, por las grandes ideas que agitan nuestra época, le había preservado de las locuras habituales de los jóvenes.

Por la noche, después de haber comido con su madre, iba á reunirse á alguna casa de huéspedes con algunos compañeros suyos, estudiantes de Derecho y de Medicina, de los *puros*, como se llamaban entre ellos. Encendían sus pipas, se sentaban frente á un *bock* ó de un vaso de ponche y se abordaba la cuestión á la orden del día. Los unos atacaban, los otros defendían; este era en pro, aquel en contra, y se separaban sin que nadie hubiese podido convencer á su adversario. Algunas veces iban á terminar la velada á *Bullier* y después de echar cuentas, los aristócratas del bando habían gastado dos francos, ó tres cincuenta céntimos. Esta existencia era tan sana, higiénica, y quizás más económica que ir á comer con *señoritas*, dar un escándalo en el teatro, en los proscenios y terminar la noche ante una mesa de juego, sin haber en todo el día cambiado una idea, concebido un pensamiento generoso.

Una vez en América, Jorge debía modificar su manera de vivir; las tesis que parecía sostener en Francia, no le ofrecían ningún interés; además, no tenía ningún adversario á quien combatir. Todo el mundo participaba de sus ideas liberales; llegó el caso de encontrarse con gentes más avanzadas que

él, y verse obligado á convenir que el *puro* del barrio Latino, no es más en los Estados-Unidos, que un miserable reaccionario.

El terreno de la política no le consumía sus ardores juveniles; ¿Cómo gastar sus fuerzas vitales? ¿En qué interesarse, por qué apasionarse? ¿En empresas industriales ó mercantiles? ¿No las hacía su padre con éxito? ¿Por qué estorbarlo con su inexperiencia y hacer tentativas nuevas é inciertas, que pudiesen comprometer una fortuna penosamente adquirida? Era quizás más cuerdo disfrutar de aquella fortuna de la que su padre, feliz de volverlo á ver, le abandonaba una buena parte.

Entregado por completo á sus estudios, á sus ideas, á sus amigos y á su madre, no se había divertido hasta entonces. ¿Por qué no divertirse? Jamás encontraría mejor ocasión; Nueva-Orleans, antes de la guerra que acaba de despoblarla y empobrecerla, ofrecía á las gentes de placer y á los desocupados, grandes seducciones. Las mujeres bonitas, sobre todo, parecían haberse dado cita. En el Teatro Francés, en el Americano, en los paseos, en los bailes públicos y reuniones particulares, se encontraban espléndidas americanas, irlandesas admirablemente aclimatadas, criollas deliciosas. Había para todos los gustos. Los delicados, los buscadores de amor platónico, los aspirantes al matrimonio, los que se contentan de *flirter*, los que no admiten más que el amor venal, estaban seguros de encontrar en el mundo ó en el teatro, donde escoger entre jóvenes y mujeres encantadoras. Los que por el contrario sus gustos eran menos escrupulosos, podían encontrar en varias casas de la calle de Bayou y de la del Rempart, ó en lo alto de la calle de San Felipe, americanas tan variadas como hermosas y jóvenes de color, mulatas ó cuarteronas, superiores en belleza á todas las *señoritas* tan renombradas entre nosotros de la Madeleine á la rue La Pelletier.

Jorge Hamel, lanzado en su cualidad de parisien- se, en la sociedad de la juventud criolla, que forma en Nueva-Orleans una especie de colonia francesa, fue bien pronto presentado á lo mejor y lo peor de

la sociedad. A la primera, aportó su natural distinción, el encanto de sus maneras, su petulante juventud, atemperada por una excelente educación; á la última, todo el fuego de sus veinte años y todo el ardor de una naturaleza apasionada, contenida hasta entonces y presta á desbordarse; el amor debía ser para él lo que había sido la política, debía arrojarse con la cabeza baja, sin restricción, dispuesto á todos los desenlaces, todos los sacrificios, pero también á todos los excesos de un temperamento nervioso y sanguíneo, y á todas las locuras de un corazón atormentado por deseos desconocidos.

Sin embargo, en los primeros años de su permanencia en Nueva-Orleans, las locuras que pudo cometer no tuvieron consecuencias funestas para el porvenir.

Sus numerosos *líos* no tuvieron ningún alcance; le era preciso, de aquí, de allá, recoger una sonrisa en los salones y un beso en la alcoba. Indiferente en amor, pasaba indistintamente de una rubia á una morena, de la irlandesa á la americana, de la criolla á la mulata, sin espíritu de partido y sin afiliarse á doctrina alguna, á propósitos de nacionalidad ó matiz. En el verano, su vida transcurría alegremente en algunas de las habitaciones construídas sobre las riberas del Mississipi. Pasaba un mes en una, una semana en otra, siempre bien recibido, siempre alojado en el salón de los dueños, ó en la casa de una linda esclava. En el invierno veíasele durante el día, por los paseos que conducen al lago Ponchartrain, galopando al lado de alguna americana; en la velada, llevando en el torbellino del vals á alguna joven criolla, y por la noche ocupado en dar serenata en un *boarding house* (*) á la moda. La misma variedad en los amores, era una salvaguardia para él, y su padre no tenía ninguna inquietud á este propósito.

(*) Casa amueblada.

VII

En el tercer año de su estancia en los Estados Unidos, una noche de diciembre de 18..., Jorge iba á entrar en el Teatro Francés, del que era abonado, cuando una mujer que pasó por delante de él llamó su atención. Apretó el paso y la alcanzó en el vestíbulo del teatro, siendo agradablemente sorprendido por su belleza. Nunca desde su llegada á Nueva-Orleans, había visto una criatura tan perfecta.

—Esta no es ninguna abonada, — se dijo, — puesto que no la conozco: ¿qué localidad tomará? La seguiré á donde vaya, aunque tenga que abandonar mi butaca de orquesta.

Se aproximó á la taquilla al mismo tiempo que la dama.

—Quisiera una butaca de galería, — dijo la joven tímidamente á un empleado sentado sobre un estrado.

El empleado, en vez de tomar el dinero que le tendían y dar un billete al cambio, la miró con atención durante uno ó dos segundos.

—Os equivocáis sin duda, — le dijo cuando hubo terminado su inspección.

—¿Por qué? — preguntó la joven.

—Porque bien sabéis que no podéis ocupar una butaca de galería; vuestro sitio es en el tercer piso con reja.

—Pero señor...

—No os hagáis la asombrada. ¿No estoy aquí para impedir á las gentes de color introducirse fraudulentamente en el sitio reservado á los blancos? Bonito escándalo tendríamos en la sala sino os hubiese reconocido. Aunque la Wideman canta esta noche la *Favorita*, todas las damas criollas que han tomado su localidad dejarían el teatro para no volver á